Cuentos normales, raros y absurdos

A. J. Bozinsky


A. J. Bozinsky


BY NC ND

EL ÁRBOL LUMINOSO

Mi padre era político de los dioses, por eso, cuando ya no lo necesitaron, lo asesinaron. Los empleados de la casa nos ayudaron a escapar.

De noche, el chófer nos ocultó en la limosina, y viajamos cubiertos por los cristales negros y la matrícula falsa. Nos dijo que iríamos a un lugar más seguro. Mi hermana permaneció muda, con los ojos semicerrados; mi madre no movió las manos sobre la falda, sus ojos vacíos miraban la nada; yo observé los detalles del paisaje alumbrado por la luna.

Al amanecer, llamó mi atención un extenso campo poblado de árboles, de cuyas ramas colgaban cientos de bolsas con dibujos que no distinguía. Pregunté al chófer. Dijo que eran adornos de niños del bosque, y guardó silencio.

Poco después llegamos. La limosina partió inmediatamente a gran velocidad.

Nuestros pies se hundieron en el barro. Mi hermana se arrodilló, ensuciando el vestido blanco; mi madre suspiró varias veces, sin cambiar el aspecto de su mirada; yo me sentí observado.

Caminamos toda la mañana. El calor y la humedad empaparon las ropas de sudor, los arbustos espinosos rasgaron nuestra piel, la desolación ocupó el lugar de las almas. Interrumpimos nuestro andar ante un arroyuelo de agua fétida, que confundía su olor con el de la carne podrida de los árboles de niños que traía el viento. Alguien me perseguía.

Durante horas, nos arrastramos como fantasmas por la ribera. Cuando íbamos a caer extenuados, quedamos perplejos al verlo: Un árbol gigante que perdía la copa en el cielo, iluminaba el claro del monte con hojas rutilantes. Sobre sus ramas bajas, dos hombres vestidos de traje reían y nos tomaban fotografías. Entre los raigones, había una cabaña. Quien estaba persiguiéndome, me encontró.

Un muchacho huesudo, de aspecto enfermizo, con pelos y granos en la cara, y la boca abierta

llena de baba, surgió a mis espaldas. Con una mano me mostró una fotografía, con la otra levantó un cuchillo. Los hombres del árbol reían como demonios.

Mi hermana se había sentado en la arena, y jugaba con las bellotas que caían del árbol luminoso; mi madre rompió a llorar, mesándose el pelo, dando alaridos de dolor; yo miré la fotografía y el cuchillo. Era un bebé rozagante, con la cabeza dorada por una aureola. El cuchillo tenía sangre fresca, y señalaba la cabaña entre los raigones.

Dejé a mi hermana con el vientre hinchado por las bellotas, y a mi madre muerta con el brazo alzándose acusatorio contra la copa de luz. Tuve que entrar en la cabaña, con el muchacho sonriente que sacaba una bolsa.

OFICINA SOLA

Los truenos hacían vibrar la ventana, azotada por la lluvia de invierno. El recorte de gastos había eliminado cuatro tubos fluorescentes, dejando la oficina en penumbras. Dos de los tres escritorios alineados contra la pared, contiguos al cubículo del jefe, estaban vacíos. K., tras una gripe mal curada, había caído con congestión; L., ante la descompostura de su mujer, había pedido el día libre; al lado de la puerta, J. pasaba datos al ordenador.

Por el rabillo del ojo, J. vio que el gordo calvo consultaba su dorado reloj de pulsera. El lentes y bigotes se paró. Buzarda colgante salió de su recinto.

—J., no estaré durante quince o veinte minutos —dijo el jefe mientras se ponía el abrigo—. Voy al velorio de un pariente de mi mujer. Si llaman, di que enseguida vuelvo... Justo ahora, con el trabajo que hay, a este desgraciado se le ocurre morir...

Cerró con un portazo, bajó estrepitosamente las escaleras de

madera, y se despidió con otro portazo.

J., falso ateo y falso creyente, pensó que había ocurrido un milagro. En cinco años de trabajo en la oficina, jamás había quedado solo. Cuando no era el jefe abrumándolo con órdenes y amenazas, eran K. o L. delegando sus responsabilidades o echándole culpas. Al fin, aunque no fuera más que por quince o veinte minutos, podría estar tranquilo.

La pantalla de su reloj taiwanés, le mostró las diecisiete y cuarenta y cinco. Hasta las dieciocho, o dieciocho y cinco, podía tomar un merecido descanso.

—Soy libre —murmuró al techo, donde había comenzado a parpadear un tubo fluorescente—. No tengo ganas de trabajar hoy. ¿Quién me va a decir algo? ¿Usted me va a decir algo? No, por supuesto que no.

Abandonó el monótono tecleo, y trató de repantigarse en su silla. Puso las manos detrás de la nuca a guisa de almohada, y se estiró cuanto pudo. Cerró los ojos, y eructó.

Estar sin hacer nada, al abrigo de la oficina, imaginando gente que

corría para guarecerse de la lluvia, lo reconfortaba… Pero también lo aburría.

¿Cuánto tiempo había pasado? Estimaba que ni siquiera un par de minutos. Todavía sobraba.

—Hagamos algo productivo —habló con fingido tono entusiasta—. Nuestro querido jefe siempre dice que hay que ser eficiente y productivo. Muy bien, estoy totalmente de acuerdo.

Se levantó, y paseó la vista por la modesta oficina. Se sentó, y quedó mirando el artístico salvapantallas que siempre hacía lo mismo. Se levantó nuevamente, y realizó ejercicios de estiramiento.

Trabajar en esas condiciones, sí que valía la pena. Se podía respirar algo parecido a la libertad… Pero una libertad sin diversión.

Ni siquiera habían pasado cinco minutos. O tal vez, sí. ¿Qué importancia tenía? Aún sobraba mucho tiempo. Todavía quedaba una eternidad.

—Creo que me falta motivación —le dijo al tubo fluorescente que acababa de colapsar—. No estoy inspirado… No para hacer algo constructivo.

Caminó alrededor del escritorio con las manos en los bolsillos, escuchando los sonidos que producían las llaves entrechocándose, mezclados con el siseo de la lluvia.

Le dieron ganas de volver a la computadora, pero se contuvo disgustado consigo mismo.

Fue hasta la ventana, y miró hacia fuera y hacia abajo. Ni un alma surcaba la callejuela. Lo único que había para entretener la vista, eran edificios idénticos, ventanas cerradas y canastos con basura.

—La culpa la tienes tú, K. —repentinamente, señaló con el índice al escritorio de la compañera que supervisaba el pago a proveedores y las tarjetas de crédito—. Tú eres una de las que me hacen la vida imposible aquí dentro. Todos los días encargándome cosas, como si yo fuera empleado tuyo. Pero no eres más que una pobre desgraciada —se acercó a la silla, que era suave y amortiguaba los movimientos—. Mira la foto que tienes aquí arriba: El guampudo de tu marido, y tus dos hijos… Del más grande nada puedo objetar, aparte de tener la misma cara de estúpido que el padre, pero el más chico… No, K., a mí no me

engañas… A ese niño si lo pelas y le pones bigotes, se transforma en el jefe.

Puso el portarretratos bajo su axila, y realizó extravagantes pasos de baile. Luego les deseó que reventaran como chinches.

Animado por la cínica diversión, se le ocurrieron decenas de ideas para amenizar el recreo. ¿Pero cuánto tiempo había transcurrido desde que el jefe se marchó? J. se fijó la hora: eran las diecisiete y cincuenta y dos. Como mínimo, disponía de ocho minutos para entretenerse en su merecido asueto. Miró fugazmente a través de la ventana, sólo para cerciorarse que el automóvil del jefe ni siquiera se divisaba a lo lejos.

—¿Y qué hay, L.? —imaginó a L. sentado en su escritorio, con su cara de moco verde—. Verdaderamente crees que soy el último orejón del tarro, ¿no es así? Tú también te ensañas conmigo, metiéndome el trabajo que te corresponde, y, si no lo hago, enseguida vas corriendo a contarle chismes al jefe. Juro que te agarraría a puñetazos, y una vez que tuvieras suficiente, te arrojaría por esa ventana, así se parte tu cabezota, y

sale la tira de excrementos enrollados que llevas por cerebro. ¡Maldito!

Hizo unos movimientos pugilísticos preparatorios, y se entregó a la fantasía de hacer fintas y ganchos que daban de lleno en el rostro magullado de L.

Cuando tosió agitado, se secó el sudor de la frente, y descansó con los puños apoyados en la cintura. En el cubículo de vidrio, aguardaba un rival mucho más fuerte.

Se asomó a la ventana, y se alegró de no ver el automóvil del jefe estacionado en la callejuela. Tal vez había dicho que se ausentaría por quince o veinte minutos, pero en realidad lo haría por una hora. De todos modos, tenía tiempo de sobra para conseguir un knock out.

—¡Usted, viejo demonio! —exclamó encaminándose al cubículo del jefe—. Tengo que decirle que es un explotador miserable. Me da asco cada día que lo veo. Sus modales son los de un puerco. Apesta donde sea que se encuentre. Y quiero que le quede bien claro que no le tengo miedo.

Con paso firme y decidido, irrumpió en el recinto, se subió sobre el mullido sillón, y brincó

encima del escritorio. Desde la altura, contempló todas las cosas como si las viera con un lente diferente. El escritorio que ocupaba anteriormente en un rincón, le pareció un hoyo en el suelo.

—¿Sabe lo que voy a hacer, jefe? Voy a cagar encima de su escritorio.

Dicho esto, se acuclilló sobre una pila de papeles, e imitó con sus labios los sonidos de un esfínter trabajador, a la vez que subía y bajaba las caderas, como si estuviera produciendo artesanalmente una rosca.

—¡Felicitaciones!

J. quedó petrificado al ver a su jefe bajo el marco de la puerta, y luego, instintivamente, pensó en arrojarse a sus pies.

—Señor... Yo... —tartamudeó J., bajando de un salto.

—¡Silencio! —gritó el jefe—. Usted no tiene claro que aquí, el único que se caga en los demás, soy yo.

—Deje que le explique... —alcanzó a balbucir J.

—¡Cállese! Yo le voy a explicar... Su inutilidad me tenía harto. No soportaba más ese odio y esa envidia que fluyen tan

naturalmente en usted. Así que inventé lo del velorio, fingí que me marchaba, dejé estacionado mi automóvil en la otra cuadra, luego volví silenciosamente, y me quedé espiándolo por el agujero de la cerradura. Sabía que ésta era la mejor oportunidad, porque nadie escapa a la tentación de mostrarse tal cual es en la oficina a solas.

COMETA (Gastronómico)

Hay cometas errantes, periódicos y, a veces, aquellos se convierten en estos atraídos por el Sol. Hay muchos famosos como el Brooks, el Biela, ni que hablar del Halley; pero otros vagabundos no lo son tanto, y apenas si se conocen o se van descubriendo con el paso de los años.

Sabido es que sus visitas siempre han causado furor, destacándose en documentos de diversas épocas y lugares geográficos.

En la actualidad, cuando las personas han perdido la capacidad de sorprenderse ante los fenómenos naturales, y en las noches ya ni siquiera alzan sus cabezas para quizás tener la suerte de ver al menos una estrella fugaz; cuando la Ciencia se ha encargado de desterrar creencias absurdas, y el Comercio de reemplazarlas por otras no menos irracionales; cuando, en suma, huelgan las supersticiones que atribuían a los astros errantes

propiedades nefastas, ya no habrán presagios de derrotas de Napoleones, ni caídas de Bizancios en manos de turcos, ni suicidios colectivos se adelantarán al fin del mundo.

…Le pareció escuchar una gota de agua que caía en el retrete. Maldijo por no haber arreglado la cisterna durante el día. Intentó volver a dormirse pero, gota a gota, el ruido fue intensificándose. Le resultaba un sonido demasiado grave y sin eco, para tratarse de una gota de agua. Masticando demonios, abrió los ojos.

¡Orugas blancas y grises, con forma de chorizo, caían desde el cielo raso, y serpenteaban enloquecidas por el piso! Instintivamente se levantó de un salto e intentó aplastarlas con el pie, pero eran tantas y tan rápidas, que prefirió llamar a su esposa y huir del dormitorio.

Ella no hacía otra cosa que gritar y seguirlo prendida del brazo. En la cocina sucedía lo mismo, pero las asquerosas orugas se contaban por decenas, y el pesado sonido que producían al caer, se sumaba al de los mosquitos zumbones grandes

como mariposas, y a chillones abejorros del tamaño de gorriones.

Abrieron desesperados la puerta del fondo, y la ocre alborada los recibió con un panorama desolador: En los canteros de flores, había hormigueros minados de larvas con forma de ñoqui, que largaban un líquido semejante a la pulpa de tomate. Montañas de gusanitos verdes, manjares en muchas selvas, pululaban por doquier. El parral se tambaleaba por el peso de sus racimos de huevos podridos. Los árboles no eran árboles, sino termiteros.

Puso una escalera de madera contra la pared, y en cuatro zancadas subió al techo. No tuvo en cuenta que frenéticas termitas estaban devorando la escalera, que se partió con los torpes movimientos de su esposa. Justo a tiempo, se tiró boca abajo sobre la chapa y aferró su mano. Balanceándose como un péndulo, no paraba de dar gritos afónicos ante el hervidero de bichos del jardín.

Tras titánicos esfuerzos, logró salvarla del mar de inmundicia en que se estaba transformando la tierra. Exangües, consiguieron erguirse, y contemplaron

aterrorizados a los vecinos que estaban en la misma situación. Aquí y allí, aislada y desamparada, la gente sólo atinaba a subirse a los techos de sus casas, como única forma de protegerse del tormento.

Poco duró la precaria salvación, porque avispas grandes como palomas, y pajarracos parecidos a pterodáctilos, comenzaron a revolotear por el cielo rojizo, y a tirarse furibundos y voraces sobre las cabezas de las personas. Hubo temblores sísmicos, y el suelo se agrietó expeliendo gases, dejando al descubierto quintillones de orugas blancas y grises con forma de chorizo.

Las chapas de zinc se agujerearon, al tiempo que sintieron cómo se les llenaba la piel de llagas. Resignados, se abrazaron como si sus brazos fueran brochetas, y se besaron con labios gruesos y amoratados como morcillas. Al caer del techo desintegrado, es imposible saber si en el cielo vieron un gigantesco objeto, un chorizo humeante, recién asado, dirigiéndose raudo hacia el buche de un hambriento dios.

COMETA
(De sobremesa)

Hay cometas errantes, periódicos y, a veces, aquellos se convierten en estos atraídos por el Sol. Hay muchos famosos por ahora vivos como el Halley o el Holmes, y otros ya difuntos como el Brooks o el Biela; pero otros vagabundos no lo son tanto, y apenas si se conocen o se van descubriendo con el paso de los años, gracias a la pasión de astrónomos profesionales y aficionados.

Sabido es que sus visitas siempre han causado furor, destacándose en documentos de diversas épocas y lugares geográficos.

En la actualidad, cuando las personas han perdido la capacidad de sorprenderse ante los fenómenos naturales, y en las noches ya ni siquiera alzan sus cabezas para quizás tener la suerte de ver al menos una estrella fugaz; cuando la Ciencia se ha encargado de desterrar creencias absurdas, y el Comercio de reemplazarlas por otras

no menos irracionales; cuando, en suma, huelgan las supersticiones que atribuían a los astros errantes propiedades nefastas, ya no se anunciarán acontecimientos trascendentales, ni habrá castigos divinos para los gobernantes, ni la gloria u ocaso de falsos ídolos serán tomados en serio.

…Le pareció escuchar una gota de agua que caía en el retrete. Maldijo por no haber arreglado la cisterna durante el día. Intentó volver a dormirse pero, gota a gota, el ruido fue intensificándose. Le resultaba un sonido demasiado grave y sin eco, para tratarse de una gota de agua. Mascullando demonios, abrió los ojos.

¡Orugas pardas caían desde el cielo raso, y serpenteaban enloquecidas por el piso! Instintivamente se levantó de un salto e intentó aplastarlas con el pie, pero eran tantas y tan rápidas, que prefirió llamar a su esposa y huir del dormitorio.

Ella no hacía otra cosa que dar gritos y seguirlo prendida del brazo. En la cocina sucedía lo mismo, pero al pesado sonido que producían al caer las asquerosas orugas que se

contaban por centenas, se sumaban enormes mosquitos cruzando como petardos, y chillones abejorros del tamaño de murciélagos.

Abrieron desesperados la puerta del fondo, y la ocre alborada los recibió con un panorama desolador: Los canteros de flores habían sido suplantados por hormigueros humeantes erupcionando alquitrán. Millares de gusanos amarillentos pululaban por doquier. El extenso parral se había chamuscado y retorcido como una anciana achacosa, y sus dulces uvas no eran más que carbones alfombrando un bullicioso patio semihundido. Interminables y hediondas serpientes de negro bruñido, se enroscaban en los troncos de los pocos árboles en pie, para engullírselos.

Puso una escalera de madera contra la pared, y en cuatro zancadas subió al techo. No tuvo en cuenta frenéticas termitas devorando la escalera, que se partió con los torpes movimientos de su esposa. Fue tragada por el hervidero de bichos del jardín.

Aterrorizado, buscó auxilio en derredor, pero sólo encontró vecinos

en su misma situación, y un mar de inmundicia que todo lo embetunaba.

Sin salvación, de un cielo rojizo llovían brasas candentes, derretidoras, incendiarias. Se ahogó con un fino polvillo picante que descendía en espesos nubarrones, para dejar paso a columnas de cenizas que llegaban para formar un amasijo innombrable.

Hubo temblores sísmicos, el suelo se agrietó, y la corteza terrestre se hundió para siempre. Nadie lo supo, pero en el espacio interestelar, encendida y humeante, viajaba una pipa arrojada por furibundo dios.

HACIA 1962

Me introduje en la cabina y acomodé el equipaje. Regulé los diales de coordenadas, disminuí el valor del contador, evoqué sueños con mi adorada actriz de cine, imaginé perfumes italianos de 1962. Encendí el vibrador subatómico, pensé en cuántas aventuras me esperaban, le di un beso al portarretratos sobre la consola y dejé que la máquina se abriera paso en el tiempo.

Llegué en 1 segundo, 96 centésimas, 2 milésimas.

En la penumbra de luna llena, abrí la cabina y salté a tierra firme. Respiré hondo, e inmediatamente tosí un olor nauseabundo. Extrañado, miré mis pies, y los vi inmersos en barro peguntoso. Un pueblo de chozas, botellas vacías y ratas peregrinas me rodeaba.

Chapoteé hasta alcanzar un caminito de piedras, agradeciendo que al menos el sistema de camuflaje y mi traje invisible funcionaran. A pocos metros, me topé con un homínido tirado, semidesnudo, al parecer

completamente borracho. A dos o tres pasos, otro individuo había perdido la cabeza, pero no por el alcohol. En piadosa actitud, espanté la rata que se lo estaba por comer.

“¡Por Dios! ¿Adónde he venido a parar?”, exclamé para mis adentros. Se habían vendido millones de máquinas del tiempo, todos estaban muy contentos con sus viajes de placer, jamás alguien se había quejado. La mía tenía que estar fallada. Conquistar el corazón de mi amada actriz italiana, iba a resultar algo difícil en medio de aquel miserable pueblito perdido en el tiempo. Los bombones, las rosas, el champán añejado en el futuro, iban a tener que esperar.

Listo para volver y elaborar una demanda contra los truhanes que me habían vendido el aparatejo, escuché un ruido de helicóptero, seguido por una perturbadora agitación atmosférica.

Miré las estrellas, que junto a la luna eran lo único decente del lugar, y noté el corrimiento de una de ellas. Hizo unas piruetas en el firmamento, se precipitó y se elevó unas cuantas veces, hasta que su luz se estiró convirtiéndose en un cigarro de brillo plomizo.

Era un platillo volador. El constante bamboleo acusaba una máquina tan defectuosa como la mía, o unos tripulantes escapados del jardín de astronautas. Feo como pocos, este platillo parecía más un sonajero que una nave espacial.

Por fin consiguió estabilizarse, aunque las hélices adosadas en la parte superior, chirriaban escandalosamente. Pude ver que debajo, llevaba una intrigante inscripción: 1962.

De pronto, una pasarela se desplegó hasta transformarse en modesto escenario, se hizo la música, y media docena de veteranas coristas salieron por una portezuela. Calzaban largas botas blancas de gruesas plataformas, vestían diminutos shorts, chaquetas escotadas bañadas en lentejuelas, y se coronaban con un híbrido de galera y bonete. Recorrieron el perímetro del escenario en fila india, e iniciaron una danza ridícula. Las sonrisas forzadas en rostros pintarrajeados, no eran menos bochornosas que las piernas atacadas por celulitis. Si la luna sintiera, como afirmaban en sus sonetos los poetas del pasado,

tendría vergüenza de alumbrar tal espectáculo.

La tribu asombrada salió de las chozas, y se puso a mirar para arriba con las bocas bien abiertas. No faltó quien aplaudiera, o quien siguiera el ritmo chapoteando en el lodo. Cuando la nave descendió lo suficiente, las coristas se apoyaron sobre la balaustrada, saludando y tirando besos retorcidos, como si mascaran chicle. Un tumulto de manos en alto que atrapaban lo que les tiraban, se agolpó bajo el platillo.

Los besos no se prolongaron demasiado, porque de una escotadura apareció un estrambótico personaje. Vestía hábito azul bordado con complicados y misteriosos diseños, y daba zancadas que producían un movimiento pendular en su medallón de oro con un zafiro incrustado. Recorrió el escenario, dio tres palmadas fuertes, llamando al orden a sus coristas. Se pasó repetidamente la mano por el negrísimo pelo aceitado, y se acicaló los finos y largos bigotes. Las mujeres cambiaban miradas entre sí, con quien las dirigía, con los homínidos de abajo, y giraban

remedando a bailarinas de ballet, sin quitarse la fastidiosa sonrisa.

Por mis auriculares decodificadores de lenguaje, escuché que telepáticamente el director dispuso:

—¡Ya es hora de matarlos a todos!

Inmediatamente, tomando él mismo la iniciativa, de los dedos de uñas dobladas en espiral, empezaron a salir rayos terribles. Los rostros de las coristas, trastocaron la risa estúpida por una mueca de odio y crueldad.

Los harapientos se desparramaron a la carrera, pero, lo curioso, fue que no lo hicieron por pánico, sino para volver con sus pertrechos. La tribu de miserables borrachos, tenía armas que funcionaban a base de pólvora. Así, la prehistoria del fusil, la granada, el cañón y los fuegos artificiales, sirvió para combatir a los invasores.

La puntería de las tripulantes, diezmó la población; la puntería de la tribu, hizo cosquillas a la nave, aunque prendió fuego la cabellera de dos coristas.

En el apogeo de la carnicería, tres valientes andrajosos, manejando una carreta en la cual iba atado un

gran tubo de hierro, se detuvieron casi debajo de la nave. El hecho de no estar ebrios, les permitió esquivar los rayos y apuntar hacia el objetivo. Se produjo un fogonazo, y la bomba cayó encima del extravagante del medallón. Cuando explotó, la nave se hamacó, giró a gran velocidad, frenó, aceleró, y se fue al suelo aplastando a los bravos del carro. Por suerte no estalló.

Tras unos minutos de conmoción, los desbandados se juntaron en torno al platillo y subieron al escenario. Tal vez pensaron que para obtener los poderes divinos de los invasores, había que comérselos.

Las coristas agonizantes, fueron descuartizadas. En las repartijas, se incrementó el número de bajas. Las ratas que querían participar inmerecidamente del botín, fueron ahuyentadas o reventadas. El escenario quedó vacío, y cada cual se retiró con su trofeo.

Uno, bastante alto y gordo, que se había colocado el medallón del líder, pasó a mi lado mordisqueando los dedos de un brazo de corista. Otro, con una cabeza que seguía con la sonrisa

estampada, se internó en el pantano tratando de extraerle el cerebro. Un tercero, que me produjo peor impresión que los demás, se sentó a mi lado para cenar un héroe carbonizado. Todos acompañaban los condumios con generosas botellas de aguardiente.

Tratando de no hacer ruido, me metí en la nave. Corregí el destino para ir a parar a cualquier sitio en 2448, sin demorarme en morbosas observaciones. Encendí el vibrador subatómico, y dejé que la máquina se abriera paso en el tiempo.

Tuve un mal presentimiento al notar que el viaje de regreso había demorado 2 segundos, 44 centésimas, 8 milésimas.

Sentí frío y mi corazón latió enloquecido, cuando vi pasar un pterodáctilo por encima de mi máquina del tiempo.

REY LILIPUTIENSE

A la hora en que la vela estaba casi consumida, me hallaba zurciendo mis medias, preparándome para dormir. Por el rabillo del ojo, vi pasar una figura fugaz por el costado de la cama, que se perdió en la negrura de la cocina. ¿Otra vez tendría ratones? Le resté importancia, dejé los útiles de costura en el bolsillo del saco, humedecí los dedos con la lengua, apagué el pabilo y me dormí.

Cuando el gallo ensoberbecido por la ausencia de la comadreja se puso a cantar, me levanté y fui hasta la cocina a preparar mi té.

¡Caos! El mantel era un ovillo, las sillas estaban dadas vueltas, las ollas habían rodado junto a los cubiertos esparcidos por el suelo… Y todo estaba minado de pequeños excrementos con forma de caracol. Los ratones no causan tanto desorden, y no hacen caracoles.

A la noche siguiente, aplacé ciertos quehaceres y me mantuve alerta. No tuve que esperar demasiado para percibir la agitación proveniente de la cocina. Me calcé

las pantuflas, alcé la palmatoria y volé hasta allí.

¡Un grupo de enanos! Sonrosados, brillosos carrillos, lampiños, barrigones, pies enormes, completamente desnudos, se atragantaban con las sobras de mi cena los unos, desvalijaban mi alacena los otros. No alcancé el matamoscas, cuando todos ya habían huido despavoridos, colándose por un boquete en la pared.

Cauteloso, con el matamoscas alzado, examiné el agujero. La pared estaba húmeda, el revoque se caía a pedazos, los ladrillos habrían salido con facilidad. Me agaché, coloqué la palmatoria de modo que la luz se proyectara hacia el otro lado, y miré por allí… ¡Una patada de elfo en el ojo!

Tuve una visión borrosa, adornada con puntos y rayas de colores… ¡Pero lo vi! Un gordo rollizo, grasiento, pálido, peludo, ojeroso, despeinado, pechos del tamaño de los de una madre, extremidades cortas como las de un sapo, calzaba zapatos puntiagudos, un calzoncillo con lunares estampados junto a la panza gigante cubrían sus partes íntimas, una capa

apolillada le guardaba la espalda, algo parecido a un sombrero de hojalata lo coronaba, se repantigaba en una silla de madera y paja que crujía de dolor al sostener a Su Vergüenza. El séquito de liliputienses le echaba al coleto lo que antes me había robado.

El rey, al ver que yo le veía, lanzó un espumarajo exclamando: “Ya no sirve. ¡Mátenlo!”.

Los gnomos recogieron los utensilios que me habían desaparecido, y así, unos quedaron armados por tenedores y cucharas, otros por tazas y espumaderas; el más aguerrido sostenía mi cuchillo favorito con ambas manitos, el que le secundaba, portaba el palote de amasar. La consigna había sido pronunciada en tono fuerte y claro: ¡se abalanzaron sobre mí!

Arrastré la mesa estorbado por el desorden e interpuse la parte superior a guisa de tapia. No fue suficiente la rapidez de mi acto, pues algunos malditos ya se habían colado. Un experto lanzador de tazas me dio de lleno en la cabeza; el espadachín del tenedor me pinchó el tobillo; como si de un mazazo se tratara, recibí el palote de amasar en el dedo gordo del pie.

Furioso, en un extremo en el que ni yo me reconocería, levanté la palmeta cual si fuera un montante y, frenético, descargué mandobles a diestra y siniestra, tumbando la media docena de intrusos dispuestos a cumplir la orden. No tuve piedad… Los pisoteé hasta convertirlos en charcos verdes, apenas reconocibles por sus rostros élficos, caretas de un burdo teatro ambulante.

Jadeando, decidí correr la mesa para repetir la operación que me dejó un ojo morado, aunque esta vez, con la mayor cautela, provisto de un largo trinchante.

Mis precauciones fueron innecesarias. No fui agredido, más que por la iracunda mirada de algún enano. Los que quedaron encerrados, seguramente recibieron otra orden… El rey, reconocía la pérdida de la batalla. Por mientras, no necesitaba soldados… ¡Necesitaba parteros! En cuclillas sobre el asiento, el soberano era asistido por sus secuaces… ¡que lo auxiliaban en la expulsión de más enanos!

Espantado, volví a empujar la mesa y le adosé sillas y cualquier objeto pesado que resistiera la embestida de los indeseables. Traté

de sosegarme, me metí en la cama con miles de pensamientos a los cuales trataba de dar forma, ordenándolos y enfocándolos para obtener un solo resultado para cuando despertara: la solución final.

Así como la lechuza permanece inmutable, descansando, pero siempre alerta ante el posible paso furtivo de un ratón, así pasé la noche por si alguien me visitaba. En un momento escuché golpes sordos en la mesa, en otro, arañazos, y en otro, confiando plenamente en mi defensa, me dormí.

¡Desperté atado por los enanos! Habían ideado la forma de sortear mi muralla, me tenían envuelto e inmovilizado con un cordel y, uno de ellos, parado sobre mi pecho, empuñando un cuchillo largo y filoso cuyos destellos sobrenaturales serían la envidia de cualquier carnicero, se aprestaba a cumplir con el designio del rey…

¡Pero desperté nuevamente! Esta vez, por suerte, desperté de la pesadilla, con mi cuerpo liberado, con un plan listo para ser ejecutado. “Ya está”, dije, y me puse manos a la obra.

Llené con flit el depósito de la máquina pulverizadora, le puse una

gota de aceite para que el émbolo se deslizara con suavidad. Desarmé la improvisada estructura que había mantenido a los energúmenos en su lugar y, sin darles tiempo a nada, metí la punta de la pulverizadora en el agujero, y me puse a “flitear”.

A medida que la nube tóxica crecía del otro lado, también aumentaba el griterío y las guturales e inconexas órdenes del rey. En mi tarea fumigadora, debí parecerme a un acalorado infeliz que trata, inflador de mano mediante, inflar la rueda pinchada de su destartalada bicicleta. Cuando el depósito quedó vacío, volví a poner la mesa a modo de tapia y preparé té con canela.

Bebí tranquilamente la infusión, con la seguridad y magnánima suficiencia con que los generales de antaño celebraban la victoria de sus lides.

Lo que había sido una bulla de zoológico provocada por un hostigador de leones, pasó a ser el quejido cavernoso de un hospital de tuberculosos, para convertirse en el estertor de un puñado de ancianas recordando mejores días en el instante de un fallecer colectivo y, por último, el escupitajo que lanza el sereno de un cementerio al

marcharse a casa olvidando sus obligaciones.

Murieron. Pero aún debía constatarlo…

Me até un pañuelo a guisa de barbijo, quité la mesa llevándola a su sitio original, regresé palmatoria en mano y me asomé por el boquete… Los gnomos estaban patas arriba como si fueran cucarachas, en cambio, el rey, aún jadeaba asido a su trono. Tenía que rematar mi plan.

No me costó demasiado tiempo ni esfuerzo quitar unos cuantos ladrillos con el fin de agrandar el agujero, y así poder pasar por él, arrastrándome. De inmediato, pisoteé cada uno de los duendes sin importarme si era necesario. El monarca, paulatinamente iba recobrando sus fuerzas y, a juzgar por el brillo maléfico de sus ojos enrojecidos, también su conciencia… Me esperaba un trabajo mucho más duro, harto desagradable.

¡Menuda sorpresa! Después de haberle partido el cráneo con su propio trono, tuve la precaución de revisar minuciosamente el cuerpo grasiento, fofo, bañado en una especie de moco más que de sudor pegajoso. Al llegar al bochornoso sitio donde se hallaba el aparato que

había dado nacimiento a aquellos horribles enanos, ¡el último pugnaba por nacer! O quizás no fuera el último…

Del bolsillo de mi saco extraje la cajita donde guardaba los útiles de costura, enhebré mi aguja más grande y, con el cadáver en mi falda, me dispuse a obstruir el canal de salida, no sin antes empujar hacia las profundidades a quien caprichosamente batallaba por nacer. También le cosí la boca por si acaso. Rasgué la capa en tiras y, sirviéndome de ellas, até al soberano en su descuajeringado trono.

Salí, coloqué los ladrillos que había sacado, y más tarde sellé definitivamente el boquete con cemento.

¡MALDICIÓN!

Lo odiaba. Desde lo más profundo de mi alma, detestaba a ese hombre que, sin embargo, ningún mal adrede me había provocado. Pero lo odiaba tanto, que lo maldije igual. Escribí su puerco nombre con un trazo que lastimó el papel, lo estrujé entre mis manos profiriéndole toda clase de insultos, le deseé dolores insoportables, enfermedades incurables, y la muerte precedida de inimaginable suplicio y eterna agonía. Prendí fuego el papel. Con una sonrisa que mezclaba alegría y absoluto desprecio, me retiré al sofá satisfecho, seguro del efecto que tendría mi acto sobre el maldito.

Recostado, acaricié la última adquisición que daría gloria a mi colección de armas blancas: una hermosa katana forjada por el maestro Takashi Iku, en su saya de magnolia lacada con boca reforzada en cuerno de búfalo. Ocuparía lugar de honor en mi vitrina principal. Con el mayor cuidado, desenfundándola apenas, probé con la punta de la lengua el frío del metal. Se me

antojó blanco, de la nevada cima del Fuji, del futuro cadáver de mi enemigo… Extasiado en imágenes de armas y torturas, objetos de horror y gritos de dolor, quedé exquisitamente adormecido…

¡El rostro de un demonio!

Me echó su hálito podrido, levantándome en vilo; gruñó con aire de catacumbas, arrojándome contra el suelo. Con una mano me sacudía como un muñeco sonajero, con la otra desgarraba mis vestiduras. Presionó con sus rodillas mi pecho, cerró las tenazas sobre mi cuello, y abrió su boca dispuesto a arrancarme la cabeza como el ebrio que descorcha una botella de vino. Estaba perdido…

Escupí. Lo único que podía hacer era escupir, así que llené su espantoso rostro hasta terminar con mi última gota de saliva. De esa forma, salvé mi vida.

No estaba escrito en ninguna página de mi voluminosa y ajada biblioteca de magia negra… ¿Fue el instinto? ¿O un atavismo de épocas en que los hombres se ganaron su lugar en la tierra, enfrentando bestias y demonios? No lo sé. Pero mi saliva tuvo un poder sobrenatural contra el ser del averno que, al

recibirla, quedó perplejo como el niño que al propasarse en sus juegos obtiene el coscorrón del adulto; inmediatamente me soltó, cual si creyéndola dulce, hubiera probado una picante guindilla de jardín; prenda puesta a secar muy cerca de la estufa, empezó a humear…; mofletudo, rollizo, ñoño goloso que sin convidar se ha atragantado de chocolates, se retorció de dolor; fachada de casa antigua a la que nunca a nadie se le ocurrió pintar, tomó un color grisáceo; recolector de orquídeas negras, su cuero se llenó de flores; atizado por candentes brasas, pitó como una caldera; cayó muerto.

Recogí la katana y volví al sofá. Igual que todos los que han presentido o se han escabullido de la muerte, llené un vaso del mejor whisky. Encendí un delicioso cigarro turco y fui recobrando la calma, sedando mis doloridos músculos para poder cavilar…

No me afligía tanto qué era lo que había sucedido para evitarlo mañana, cuando otras maldiciones tuvieran lugar, sino qué haría con el enorme cuerpo calcinado en medio del living. Entre las opciones que acudieron a mi mente, la más

atractiva fue la de descuartizar el cadáver como lo hubiera hecho cualquier psicópata, acondicionar los miembros y las entrañas en bolsas de nylon, estas dentro de una maleta, colocarla en el baúl del automóvil, e iniciar un forzoso viaje que me llevara hasta la ribera de un río solitario proveedor de piedras grandes y pesadas que se llevaran a su lecho la maleta, donde quizás hubiera una puerta que comunicara con el Tártaro, para devolver al visitante rejuntado allí dentro, acaso tuviera familiares esperándolo en aquella nación.

Cuando el whisky tonificó mi alma y el cigarro se extinguió, me paré para ir a buscar la sierra…

¡El demonio revivió!

Ya no estaba en condiciones de pelear. Fatigado, ennegrecido, humillado en todo punto, tosió aclarándose la voz, articuló palabras ininteligibles hasta que pudo pronunciarlas y, después de un rato de expectación, se despachó en fluido castellano:

— Oh… Tú, maldito tacaño. Eres un roñoso, como todos los ricos que conozco, o de entre ellos el peor. Siempre se quedan con el fruto del trabajo ajeno, gastándoselo en

provecho propio, jactándose de hacer un gran favor dando ocupación a las gentes. De tu clase hay demasiados en el mundo, y no sólo en el mundo sino también en los infiernos… ¡ni que hablar de los asquerosos ricos del cielo! ¡Ah! ¡Cómo los odio! He tenido que hacer todos los trabajos sucios que me has encomendado, y jamás me has dado un módico premio a cambio… Te he salvado muchas veces…: Hube de encargarme de distraer al cobrador de impuestos; perdí títulos para que en tus innombrables tramoyas adquirieras propiedades; acaloré las carnes de la inocente jovencita que tu torcido ojo se había empecinado en desnudar, llevándola a tu aposento para que te regodearas sin pudor; envenené a aquel comerciante que competía contra tus inicuos negocios; y para acrecentar tu hacienda y colmarte de gozos, he mentido y matado a tantos, que ya he perdido la cuenta… ¡Ahora has querido que matara a ese bruto! Ni siquiera sé por qué tengo que hacerlo… ¡Maldito seas! ¡Mira lo que me has hecho! Ya ni siquiera soy un demonio… Seré un asno en mi patria, y…

—¡Ya es suficiente, charlatán! —desenfundé mi katana y la bajé sobre su nuca, cortándole de una rebanada la cabeza. Fabulosa katana… ¡Hasta la baldosa partió! Si le hubiera aplicado mayor fuerza, el acero se hubiera hundido hasta el cimiento.

¡Increíble!

Del agujero donde antes se apoyaba una fiera cabeza, brotaron botellas de whisky, cigarreras repletas, finas sedas, piedras preciosas, dinero, cristalería de bohemia, trajes italianos, lingotes de oro, jarrones chinos, armas de fuego, y hasta crucifijos y estampitas religiosas…

¡Qué avaricioso demonio!

QUIEBRE

Llegó a casa cuando asomaban las primeras estrellas, los hombros bajos, la espalda encorvada, los ojos en el suelo. Atravesó el patio común del vecindario, sin escuchar un televisor que llamaba a la solidaridad, para encontrar personas perdidas. Subió la escalera hasta la buhardilla, sufriendo cada escalón. Metió la mano en el bolsillo del pantalón manchado, sacó una llave solitaria, abrió la puerta y se metió disfrutando del rato de felicidad que ya empezaba a gastarse…

Tiró el bolso sobre el sillón, un pie descalzó al otro, se despojó del abrigo y no tuvo ganas de bañarse.

Se sentó a la mesa, masticó las sobras del mediodía, tragó todo agregándole una manzana, y abandonó los trastos en la pileta para lavarlos al día siguiente.

Rodó hasta el centro del colchón empozado y, con la ayuda de una novela aburrida, se le cerraron los párpados.

…Una especie de corriente eléctrica le recorrió un brazo, luego el otro, después se le extendió por

una pierna, y al fin le surcó dolorosamente el espinazo. Escuchó un fuerte chasquido, golpes de tambor, ¡y un trueno formidable lo dejó sordo! ¿Qué era todo aquello? Ahora sentía como si lo estuvieran hamacando… Iba y venía con un movimiento pendular… La hamaca se transformó en una espiral, y empezó a girar cada vez más rápido sobre un abismo sin fin… Más rápido… Más rápido… Más rápido… ¡Hasta que logró incorporarse!

Tambaleándose, sin pestañear, fue recobrando el equilibrio en medio de la habitación nublada. Los objetos habían sido borroneados por el dedo de un artista ebrio. Estaba cansado, como debería sentirse un hombre de ochenta años. La veladora que había quedado encendida, desparramaba un fluido rojizo en vez de luz. Intentó apagarla, pero se encontró con sus dedos convertidos en humo anaranjado. Sorprendido, acercó sus manos al sitio por donde veía, mas notó que eran de niebla… ¡Su cuerpo entero era de niebla!

Comenzó a moverse, primero, como si arrastrara un grillete unido a una bola de hierro, pero cuando el temor a su nuevo estado se fue

disipando, lo hizo con mayor soltura, hasta descubrir que podía flotar… ¡Podía flotar! Sintió henchido algo que fuera el pecho, y le brotó una risa incontenible.

…Estuvo revoloteando alegremente por la buhardilla, despreocupado, como quien ha sacado un gran premio en dinero, y sabe que ninguna penuria pasada podrá arruinarle su dicha.

Así pasó mucho tiempo, hasta que se percató de que reinaba el silencio… Los ruidos del vecindario se habían esfumado, de la ciudad no llegaban gritos ni sirenas, aquello parecía una tumba. Decidió investigar.

Pero el picaporte no cedió a la presión del humo de su mano. Los años de embrutecimiento, como su propio cuerpo, se habían evaporado dejando lugar a una inteligencia preclara, así que, sin meditarlo, se lanzó contra la puerta… ¡y la atravesó! A veces, se abren puertas que siempre debieran permanecer cerradas.

Afuera, la noche estrellada estaba extrañamente calma y azulada. Las copas de los árboles no se movían, ni un pájaro noctámbulo surcaba el cielo, ninguna criatura de

las piezas de abajo lloraba clamando por la ausencia de su madre. ¿El mundo se había paralizado? ¿Se había dormido y había despertado en un país de vagas sombras? Decidió seguir investigando.

A veces, el hombre no debería excederse en la estrechez de sus límites. Fue a bajar la escalera, pero, teniendo en cuenta su nuevo don, quiso deslizarse por el aire espeso…

EL HOMBRE QUE SE LO PISÓ

Un hombre se pisó el c…, y éste lo mordió. Vio que esperaba veloz, que ojeaba su pie, y sintió que de la cintura para abajo ya no le quedaba nada.

Como una víbora, el c… se enroscó hundiéndose en su propio centro, dislocándole las vértebras. La espalda se le bajó hasta el perineo, como tomando parte por el c… en la disputa. Empero, sintió un gran alivio al notar que los brazos le respondían normalmente, y pensó que tendrían que servirle de ruedas para andar. Tenía una monstruosa hinchazón de pie, producto de la mordedura.

Quiso llamar a su mujer para que lo ayudara, o para que mediara en el conflicto, o para que de golpe pusiera las cosas en su lugar y, de arrastre en arrastre, exclamó con la garganta reseca, devorada por la sed:

—¡Dame caña!

La mujer llegó corriendo más solícita que nunca, portando en su

mano derecha la botella de caña, un vaso en la izquierda. El hombre sorbió con urgencia tres tragos del pico, y olvidó por qué había llamado a su mujer, que lo observaba desde arriba, con desprecio, tomándose tiempo para llenar el vaso.

—Te pedí caña, Dolores... ¡Muy puta!

El atroz marido borracho, sorbió tres tragos más, ahora del vaso, y sintió más sequedad.

Cuando pretendió incorporarse, un fulminante vómito lo mantuvo duro como un palo, y supo que iba a morir. No quería morir... Al menos, no sin antes tomarse la caña. De a tres sorbos, podía demorar una hora, entonces, le pidió a Dios que le diera vida para empinarse la botella, y que Dolores Alves, su mujer, aunque hacía años estaban distanciados, lo ayudara a tales efectos.

Movió sus fieles brazos como si estuviera arrastrando un pesado carro cuesta arriba, para que su mujer le llevara el vaso a los labios, pero Dolores Alves gritó con cuanta fuerza pudo:

—¡Dios! ¡Compadre! ¡Niegue este favor! ¡No aguanto el asco!

El silencio de muerte fue la única respuesta, respuesta que trajo algo de calma al hombre borracho que se había pisado el c..., que éste le había mordido el pie, que había quedado hecho morcilla. Además, tenía la garganta seca.

Semitendido, se pudo enderezar para que el líquido circulara mejor. Aliviado, sintió que la sed disminuía, y que tal vez viviría lo suficiente para chuparse la maldita botella.

Gritó cuando el veneno de su mujer intentó irse, pues no había llenado el vaso. Le volvió la intranquilidad, la posibilidad de infidelidad, la sed, y la idea desesperante de morir sin terminar lo empezado.

La mujer se fue pero volvió pronto, sin el aspecto entenebrecido de siempre, perfumada con penetrantes efluvios de azahar y miel silvestre, cosas repugnantes para cualquier borracho. Volvió con su pareja de guacamayos a quienes quería como a sus hijos, arreglada y cubierta de oro, girando a ratos sobre sí misma de pura felicidad, chapaleando ante el borbollón de caña contenido en el estómago del hombre, que ingenuamente pensaba

tener el tiempo justo para evacuar la botella.

La mujer, que durante tres años de disgustos había estado tramando todo en secreto, en oscuras conversaciones, con el entendimiento perfecto que tienen las mujeres en tales asuntos, dio una orden. ¡Y el c... se abrió y comenzó a devorarlo!

58

Compré el bono a beneficio de la biblioteca municipal, tan venida a menos. Como soy asiduo, no me pasó desapercibido el papel pegado en el vidrio de la puerta, anunciando ganador al 58. Saqué el cupón de mi billetera y cotejé los números. Jamás pensé que saldría favorecido. Cuando reclamé el premio, todavía no sabía que consistía en una estadía paga para dos personas incluyendo traslado, en el recientemente inaugurado complejo termal, a pocos kilómetros de la ciudad.

“Después de todo”, pensé. “¿Por qué no?”

Soleado, espléndido, ese mismo fin de semana abordé el ómnibus por la mañana, y ocupé el asiento 13. La mayoría de los pasajeros, eran niños acompañados por sus padres. Entre los inquietos infantes, había uno flaco, demasiado pulcro y pálido para su edad y el estío, el pelo negrísimo geométricamente recortado, cuyo único entretenimiento consistía en

poner sus grandes ojos encima de mí, gesticulando con sus dedos.

“Vaya niño raro.”

No habíamos salido de la ciudad cuando nos detuvimos. Al parecer, una señora había sufrido un percance, sin poder tomar el coche en hora. Alguien la recogió y pudo alcanzarla donde estábamos parados. Para colmo, un error en el sistema había duplicado los boletos expedidos con el mismo número de asiento, generando un conato de altercado entre la dama que venía a ocupar su lugar y quien lo ocupaba. Incómodo, tuve que intervenir en la discusión ofreciéndole el que tenía a mi lado, que me correspondía pero no utilizaba. La señora, tintineante de abalorios, excedida de peso y cosméticos, se deshizo en agradecimientos y, breve e intermitente, ocupó el sitio cedido. Acuciada, iba y venía del diminuto cuarto de baño.

Padres e hijos batían palmas y cantaban, obedeciendo a una animadora con peluca y nariz de payaso, recibiendo a cambio premios en golosinas y vales para gastar en el complejo termal; la señora indispuesta se paraba y me pisoteaba poniendo y sacando

objetos en su porta equipaje, corriéndome el codo de mi posabrazos cuando se volvía a sentar, sonriendo con gratitud; el niño ojón me prodigaba saludos y morisquetas. Ventanilla afuera, árboles, mojones y carteles, viajaban en sentido inverso; con bocas llenas de nutritivas hierbas, discreto espectáculo podían ofrecer las vacas.

Pese a mi optimismo, por suerte el viaje era corto y llegamos pronto. Me quedé sentado para no ser atropellado por la manada que bajó dando cabriolas, sin embargo, mi nariz fue avasallada por la mujer de los percances. La madre del niño en blanco y negro le tironeaba el brazo, mientras él resistía y me señalaba sin pudor:

—Es él, mamá. ¡Es él!

Flotaba olor a nuevo. En la sala de recepción, un joven vivaz, contento con su trabajo y candidato a ocupar un marco dorado clavado en la pared, me entregó la llave del apartamento que me correspondía y las indicaciones de cómo llegar.

La extravagante construcción, consistía en cinco bloques de cuatro pisos cada uno, con ocho apartamentos por piso. Las fachadas

se combaban enfrentando en el centro, a tres piscinas con formas redondeadas e irregulares. Había una pequeña y playa que albergaba párvulos; otra mediana en la que se distendía gente de todas las edades; la tercera y más concurrida, poseía toboganes, trampolines y, en medio, codiciado por divertidos y díscolos, un novedoso ascensor permitía a varios bañistas a la vez, darse un chapuzón de tres metros de altura.

Mi apartamento se hallaba en el segundo bloque a la izquierda de las piscinas, en el cuarto piso, segunda puerta. El 58 lucía áureo en su diminuto acrílico sobre el dintel.

Al fondo y separada por una pared, quedaba una minúscula cocina, en diagonal al microscópico cuarto de baño. En la tercera esquina, una mesa y dos sillas se miraban en soledad y, en el otro extremo, la cama, casi tocando la puerta de entrada, me invitaba a dormir. Tiré sobre ella el bulto de mí mismo, y miré la pantalla negra del televisor.

“Debo ser un hombre de poca energía.”

Desperté con la misma facilidad que al haberme apagado. Permanecí observando el techo

pintado de blanco, que se tiznaba en la penumbra del atardecer.

Salí de la habitación. Apoyando mis codos sobre la baranda, contemplé el jolgorio en las piscinas. En la menor, los padres retiraban y secaban a sus hijos; la mediana, paulatinamente se iba despoblando; toda la algazara se concentraba en la mayor.

Desentumecí los músculos bajando la escalera, y comencé una vuelta alrededor del agua, como el aburrido concurrente que gira por el borde de la pista de baile, sin animarse a bailar. Chillidos de alegría y chapuzones, estallaban en la líquida superficie constantemente agitada, sin que me pudieran rozar. Medio periplo bastó para enterarme de que estaría mucho mejor encerrado en la habitación, leyendo un libro.

De regreso, la luna llena iniciaba su ascenso sobre el jubiloso complejo termal. Pero si la luna atrae los mares, una fuerza más intensa dobló mi vista hacia uno de los bancos que rodeaban la piscina mayor. Parecía querer meterse en mi mirada: era el niño ojón.

“¡Qué impertinente! Hay niños que son más odiosos que los mayores.”

Extraño paralelismo, la novela versaba sobre un tipo al que todo le salía mal. Sobrevivía a las desgracias con suerte, las cuales el destino, con su ominosa maquinaria de mofa, iba sembrándole por el camino. Aunque simple y entretenida, cerré el libro.

Salí a ver la luna. Resplandecía volcando su luz sobre los bañistas que poco la estimaban, pues extáticos, hacían cola para subirse a la plataforma hidráulica que les regalaba zambullidas. En remotas épocas, los descabellados magines vieron volcanes alzándose sobre bosques y valles de exótica flora y fauna, ríos y mares navegados tanto por pacíficos como guerreros selenitas, y…

—Es hermosa, ¿no?

Del apartamento contiguo había salido una mujer joven envuelta en bata. Bajó un peldaño y se detuvo a disfrutar del satélite en el cárdeno paisaje. Calzaba chinelas cuyos tacos la obligaban a quedarse en puntas de pie, remarcando firmes y bien torneadas pantorrillas. De estatura mediana, el atuendo no

podía ocultar sus bellas formas. Se acomodó el pelo atrás de la oreja, como aguardando una respuesta, descubriendo el perfil de un rostro agradable. Era la madre del niño impertinente.

No se puede medir lo que pasa en un segundo por la mente de un hombre, y mucho menos lo que por ella se esquiva. Las reacciones son infinitamente más rápidas que las reflexiones y, si podría haber pensado: “Sólo esto me faltaba.”, dije:

—Encantadora, ¿verdad?

Y la acompañé a buscar al hijo que seguía en su banco, sacudiendo las piernitas y mirando para arriba.

Pronto me enteré que el marido hacía poco los había abandonado, que pese a sus propias e infundadas reticencias se había permitido la oportunidad de sumarse a la excursión escolar de su hijo y, entre muchas cosas, que lo único que le preocupaba era la fijación que tenía la criatura por encontrar al fugado. Se había asustado cuando mostrándole un dibujo de crayolas, le contó que el padre era un garabato convertido en astronauta, viajando por el universo.

Un perfume que no podía olerse, se colaba por cada poro y me embriagaba; lo que me había resultado aburrido, dulcemente se alegraba… El destino tal vez ofrece señales, ora solapadas, ora evidentes, antes de mofarse del infeliz que se siente afortunado, dispuesto a arriesgar. Debí haberme dado cuenta por los chasquidos, el humo, los gritos de horror provenientes del ascensor desplomándose, que aquella nueva historia nunca podría terminar bien.

CHUPACORRIENTES

En las casas antiguas, los contadores de corriente eléctrica estaban instalados dentro del hogar. Esto daba lugar a que ocurrieran diversos tipos de irregularidades, que más tarde se evitaron recurriendo a la instalación exterior. Si se observa bien, este caso resultará feliz, debido a tan singular detalle… Aunque debiera corregirme, porque en realidad se trata de un triste feliz final.

Edberto escuchaba su radio transistorizada, ubicada sobre la mesa de trabajo que había pertenecido a su abuelo, quien en vida fuera de profesión sastre y de vocación poca para el trabajo, heredada con plenitud por Edberto, junto a un par de tijeras de excelente metal, géneros e hilos de muy buena calidad, libros de caja con manchas de hongo, una docena de revistas de sexología, herramientas de madera cuyo uso desconocía, varias antiguallas, y la radio que, en ese instante y sin su

funda de cuero, transmitía en amplitud modulada información de primer momento.

Ora la voz gangosa de una asmática, ora la voz medio atiplada y medio falsete de un mequetrefe, alertaban sobre las enigmáticas muertes por electrocución, que hacía dos semanas se incrementaban, dejando sin respuestas a la policía y a los técnicos de la compañía eléctrica.

—Raro —dijo Edberto—. Pero más raro son los niños con cola.

Cambió las orientaciones vertical y horizontal de la revista de sexología, para que el reflejo de luz de la lámpara sobre su cabeza, le permitiera ver con claridad la fotografía de un niño con cola.

—¡Joder! —exclamó perplejo—. ¡Qué incómodo ha de ser vivir contento!

Por preferir mirar láminas y omitir textos, y por preferir la imaginación al rigor científico, Edberto forjaría extrañas fantasías cuyas semillas se encontraban en las revistas de sexología, que germinarían en fecunda y desordenada mente, acompañándolo durante su vida.

Poco adepto al fútbol, apagó la radio ante la transmisión en directo de un partido local, y se dedicó a perder el tiempo hurgando en los cajones del noble mostrador, riéndose de la desgracia de tener cola, tratando de encontrar algún valor a las antiguallas y a los útiles de sastrería.

Hasta mediodía, se entretuvo dibujando entre las hojas en blanco de los cuadernos de caja, hasta que se aburrió por completo de recrear escenas bucólicas de gente con cola. Esperando a que su abuela terminase de preparar el almuerzo, rellenó con colores los diminutos rectángulos donde antiguamente los auxiliares contables anotaban números, y creyó descubrir una nueva técnica pictórica similar al puntillismo, que por estar relacionada con lo contable y la apatía, abruptamente bautizó con el nombre de “contaduría”.

La abuela estaba harta de él. El día anterior le había amenazado con dejarlo sin comer si no conseguía un trabajo, por lo que, siendo mujer de palabra y superviviente a tiempos hostiles, contestó con cacerolazos a sus súplicas de almuerzo.

Edberto se atrincheró definitivamente en la pieza del sastre. Como trabajar tiene mucho que ver con la injusticia y la tortura, que son espantosidades del mundo, descartó de plano los consejos de la pérfida abuela, pero, sin embargo, se obligó a sí mismo, por primera vez en su vida, a intentar pensar productivamente, de modo que, aunque no tuviera la menor idea de cómo hacerlo, al menos por cansancio, surgiera una idea que le permitiera ganarse la vida.

Aunque el intento fue serio, el propio pensador se dio cuenta que, por más esfuerzos que hiciera, su mente juguetona, demorada en el espacio de la niñez y la adolescencia, llevaba el curso de la lucha hacia lúdicos terrenos y, entonces, por ejemplo, si se le ocurría vender una regla de madera, pronto se veía como un espadachín en medio de violento combate; si el torso de un maniquí pudiera trasladarse a la casa de remates más cercana, se convertía en un reo atravesando el patíbulo resignándose a la decapitación; si la noble tijera podía pasarse a billetes, pronto era el crucifijo que aterraba a

una legión de demonios saliendo de la puerta del sótano…

Por fin, de tanto desarrollar ideas, cayó rendido en una butaca, asiento predilecto donde en vida, su abuelo había pasado interminables horas leyendo libros y revistas, en vez de cortar y coser géneros. El sueño le cerró los ojos, y lo hundió más y más en sí mismo, hasta replegarlo de tal modo, que todo fue oscuridad y silencio…

…Una chicharra pasó zumbando… Murmullos y ecos… Destellos… ¡Chasquidos! Voces cascadas que se distorsionaban hasta parecer gruñidos de fieras… ¡Un claro grito de horror!

Fue como el estruendo de una bomba, lo que hizo a Edberto despertarse con la bendición de saber qué hacer. Así como la concentración y el sueño revelan grandes verdades a los genios, a este mortal se le ocurrió que lo mejor sería vender todo de a poco, y, para ponerse manos a la obra determinó que lo primero sería el espejo de tres hojas que tenía enfrente, donde antaño los clientes se podían observar satisfechos o disgustados de pies a cabeza antes de

¡Pero nada de esto importa!

Reflejado en el espejo, lo vio. Prendido en un rincón donde techo y paredes convergían, chupaba afanosamente la caja de fusibles. La cabeza parecía una enorme muela, con dos ojitos negros por caries, nariz chata de boxeador, tres bornes de cobre dispuestos en línea acaso dientes o enchufe. Era albino, escuálido, los bracitos parecían patas peludas de una araña, que quedaban descubiertos por la camisa de manga corta del uniforme de la compañía eléctrica. Una cola larga, viboresca, salía del pantalón. El espantoso ser, andaba descalzo.

Al verse sorprendido, el chupacorrientes lanzó un rayo desde la punta de sus dedos, e hizo saltar astillas a dos centímetros de los pies de Edberto, y, al ver que éste no atinaba a adivinar de qué se trataba todo aquello, aprovechó para saltarle encima y escupirle un chorro de electrones en los ojos.

Medio enceguecido, pero sirviéndose del peso de su barriga, Edberto giró sobre sí mismo y puso debajo al atacante, impartiéndole manotazos para desprenderse de él. Una vez que a duras penas lo consiguió, sin dejar de llevarse unos

buenos sacudones eléctricos de alto voltaje, corrió hasta la puerta con la intención de huir... Al abrirla, cayó la abuela sobre él, completamente convertida en chamusquina.

¡Puaj!

Siempre había detestado a aquella anciana malhumorada, con la mano pronta a extenderla para surtirle de sopapos, o a cerrarla para coscorrones, mas aquel pedazo de asado pasado de brasas, hizo que olvidara cuantas veces le había deseado la muerte, y sintió un poco de lástima, porque por lo general, cuando uno desea la muerte a alguien, es simplemente para que desaparezca de su vida, pero no para que se abalance de forma tan desagradable y antinatural.

Poco tiempo tuvo para pensar o sentir algo por la vieja maldita, porque el chupacorrientes ya se había incorporado, y le estaba rascando la espalda con diez rayos azules salidos de las puntas de sus uñas... Y digo bien "rascando", porque en otro individuo aquello hubiera bastado para abrirle los trapecios, romboides y dorsales, mas en Edberto, el ataque surtió el efecto de quien ama a su cerdo favorito, y le prodiga los mimos que

traen a colación el viejo dicho sobre la culpa. En vez de dolor o abatimiento, sintió, quizás por primera vez en su vida, o por lo menos en muchos años, que la pereza y la modorra patológica eran reemplazadas por un nuevo estado de exaltación... A cada choque de electrones, en vez de doblarse como quien recibe la picana por oponerse al sistema político, le parecía que acercaba su nariz a un vaso recién servido de refresco efervescente; cuando el arco de una soldadura emanaba de la boca del chupacorrientes para chocar con su testa, mayor lucidez mental adquiría; si los ojos parecían focos capaces de iluminar un estadio y de cegar a un hombre, Edberto adquiría la visión del campeón mundial de arquería... Entonces, la inmunda bestia se replegó sobre sí misma, se produjo un chisperío descomunal en todos los puntos de la habitación, y de lo que sería su ombligo salió una columna de luz que impactó de lleno en la frente del revitalizado somnoliento.

¡Zas!

El chupacorrientes, dragón que mató San Jorge, cayó exhausto en pantalón y camisa a los pies de

Edberto coronado por dorada aureola. Calzado con su botín entre viejo y eterno, apoyó el pie sobre la cabeza del vencido, consiguiendo una pose que rivalizaría con cualquier estampita de las que se venden en los ómnibus. En vez de atravesarlo con las tijeras a guisa de lanza, lo ató de pies y manos valiéndose de un borbollón de retazos.

¡Fenomenal!

Así como la pereza no había tardado en disiparse, tampoco las dudas lo hicieron respecto a aquella situación, pues cuerpo y mente se establecen en férrea unión, y a una voluntad colosal corresponde gran claridad de inteligencia, o al menos aquí no hubo una de las tantas excepciones a la regla. Casualmente, Edberto realizó el hallazgo más importante de su vida, y por partida doble: se le había aparecido un ser extrahumano, capaz de acumular enormes cantidades de energía eléctrica, y, a su vez, lanzarla en forma de terribles rayos cuando le viniera en gana, sobre todo, cuando consistía en matar personas; había descubierto que la electricidad no le perjudicaba al recibirla directamente, antes bien, le

prodigaba una apetecible y reconfortante sensación, como el artista inspirado o el comerciante visionario que se deja caer en un sillón con un vaso de buen whisky, y, entre sorbo y sorbo, las perspectivas de sus proyectos se hacen más claras y profundas, redituándole a posteriori, mayor fama o dinero. En cuanto a la abuela, estaba muerta. La pobre vieja yacía en la pieza contigua, encogida, chamuscada, desgranada y profusamente humeante, como algo que se dejó olvidado en el horno y recién se atina a abrir la puerta. Que cada cual tenga lo que se merezca... No se podía pedir mayor perfección.

¿Y ahora qué?

Dos ideas se sumaron, acudiendo solícitas desde su memoria. Lo visto en una vieja serie policial de televisión, y el radiograbador que su abuela le había regalado en un cumpleaños, para quitárselo después... Acaso, como el Señor, bendita fuera por tal acción. Fue hasta el dormitorio de la quemada difunta, tomó el radiograbador de la mesa de luz y un cassette virgen del cajón, además de una lámpara ajustada al respaldo de la cama, agradeciendo que en

vida, la anciana fuera adicta a grabar los ruidos que los fantasmas producen por la noche.

Volvió a la carrera hasta el taller del sastre. Con pocos aprontes, logró ubicar al chupacorrientes de tal manera que la luz le diera en plena cara, y, apretando las teclas “record” y “play”, le tomó confesión después de reanimarlo a bofetadas.

¿Para qué escuchar la monótona voz del narrador, si la cinta, aunque bastante deteriorada, no deja mentir a otro que no sea el propio involucrado?

***

///—No#, no… P%or favor… Ya está #bien… &Hablaré…*** Esto empezó *** cuando conseg$uí e=mpleo= en la compañí+a de electricida$d*** Entré gracias a *** Mi tare%a consistía en t#omar el consum+o d+esde los medidore///s… *** Yo no tení=a idea de quién era, hasta& que +un des$cuido de++ +venido en# accidente, me h$i=zo ver…+ **** Oh… *** Fue un cabl++ ++e pelado haciendo*** contacto con la c%aja metálica+… #*** Sentí un $fuerte sacudón, pero lueg=o, contrariamente a lo que a todo el mundo le sucedería, experimenté

#un*** leve bienest$++ar*** Extrañado *** No $quise permanecer en la ***duda, así que volví a acariciar *** &el= cable p#elado un par de veces má=s, retribuyé%vndom=e con un placer mágico. Yo era dis***tinto a todos. Ya desde niño#,+ sabía que +el destino me t$%enía resevado un plan especial. Mi nombre+$ no sería +borrado de la historia como en el c#aso de ***la ma=yoría de+ los +mo+rtales. %Pero l***a& vulgaridad de lo cotid***iano, que arrasa, =que destruye cualqu#ier prominencia intele$ctual, que achata la/// i+nteligencia +de los se***lectos hasta convertirla en la misma %m=iseria d+el res+to. El hacinamiento en una sociedad de objetivos triviales. #+La ene+rgía del& universo se bloquea$. La& sa#biduría de Dios no $***es abs+oluta. No= existe tal cosa. No hay armonía en el universo. = Lo elevado +cae al prec%ipicio para encontrase con el p***an de todos los días En fin, per+dí po#r compl=eto aquella firme co=nvicción. Que #por qué no me dedi+qué a tomar mi alimento y vivir tranquilame$nte s&in molest=ar a nadie. +Ust$ed no

entie**=*nde nada de nada. Comprendería d***e inmedia+++to +si conociera cada una de# las crueles burlas a las que fui sometido cuando era niño. Cabeza/// de muela***, dientes de tornillo, patas de d#&=estorn+ill+ador, boca de pinza, cara de vampiro, todos se reían de mi, en tod$os*** lados, en la escuela, e$n% el barrio, # hasta en el t***rabajo, ya siend+o hombre, hablaban y se/// burlaban a mis es***paldas. Todo siempr=e fue a#sí. Odio a+l hombre. Odio a la raza humana. Si un deber te+ngo en la vida$, ade&más del poder ///que =me fue conf%erido, ha #de ser ++ +para ven*=+**garme y para hacer ju///sticia, para$ dejar el lugar a sere***s+ más evo=lucionados, +que #vendrán al planeta en cualquier mome%nto. +Per+o usted nada de e***sto $ente&#nderá jamás, a no ser que... Me pregunto... # aho***ra me pregunto si usted n#o será =uno de los nuestros. ++&

***

Edberto no pudo evitar el hallazgo de analogías con su propia vida, pues bastante sabía él de rechazos, burlas e incomprensiones, por eso, cuando el chupacorrientes, sacando el enchufe que guardaba

bajo su lengua le rogó que lo acercara al tomacorriente más cercano para así poder comenzar a restablecerse, dudó por dos segundos si apiadarse o no de su capturado. Pasado ese tiempo, resolvió la incógnita con palabras que brotaron de lo más profundo de su alma:

—Alimaña barata con poderes eléctricos, tú has determinado tu innoble suerte, porque las decisiones criminales no siempre quedan exoneradas de la justicia de los hombres, donde pulula la iniquidad, donde jueces, abogados y políticos se dan la mano para absolver al verdadero culpable y condenar al inocente. Porque aquí estoy yo, observando las cosas desde arriba, como te estoy observando a ti. A más de un asesino miserable vi hacerse el agonizante para escapar de su merecido castigo, implorando por uno menor, pronto a volver al crimen en la primera oportunidad que dispusiera. Podrías haberme engañado, pero ahora mis ojos ven mucho más profundo que en el mero cascarón de lo que llamamos realidad. Tu alma es negra como todas las almas de los que hacen piruetas en el circo del poder. Has

sido pérfido hasta en el último minuto de tu vida, queriéndome engañar… ¿O acaso crees que no me di cuenta que, mientras tratabas de envolverme con tu lastimero monólogo, te estirabas hacia la tijera a tu lado, para tomarla una vez que terminaras de desatarte con los filosos alicates de tus uñas, y hundírmela sin remilgos aunque yo por compasión te auxiliara?

Dicho esto, Edberto recogió con media brazada la tijera, y con otra media la hundió en el cráneo del chupacorrientes que, quebrándose como un huevo, dejó escapar bolitas de luz que rodaron por el piso, evaporándose al instante… Y se fue a dar aviso a la policía.

Bien dijimos que se trataba de una historia con un triste feliz final, porque si bien el chupacorrientes dejó de existir para el bien de la humanidad, o por lo menos de los consumidores de energía eléctrica, nadie creyó a Edberto su absurdo cuento, y fue acusado por el asesinato de su abuela y del pobre tomador de consumo. Sentenciado a treinta años de prisión, estará pasando un calvario mucho peor que el “cabeza de muela”, apelativo que

será de los más delicados en recibir por parte de las gentuzas que allí moran. Pero así como el mismo Cristo, de haber vivido más, se hubiera dado cuenta del error que cometía al sacrificarse por una humanidad podrida y se habría aplicado en un proyecto de eliminación masiva, Edberto, apoyándose en sus electromagnéticos poderes, se escapará en cualquier momento de la cárcel, y, ahí sí, casi todos tendrán como mínimo, un triste final.

VINIERON EN LAS ESTELAS

Antes, pasaban aviones soltando chorros blancos que se extendían por el cielo, descendiendo lentamente como finísima llovizna. Al otro día, buena parte de la población tenía catarro, eczemas, vómitos, diarreas. Los hospitales colapsaban. El ministerio comunicaba que era un virus, los médicos decían que era un virus, la gente se lo creía y tomaba el medicamento que le daban. Algunos se recuperaban más tarde, otros se morían.

Había quienes decían que sobrevivirían los más fuertes, como una especie de selección natural con aditivos; que probaban productos farmacéuticos, o que incidían en la economía mundial a través de ellos; que experimentaban con sustancias que servían para fabricar armas químicas; que nos introducían aparatos nanotecnológicos para controlar nuestras mentes.

Esta vez fue peor…

Pasaron cuatro naves a baja altura, pero no soltaron nada, aparentemente… Luego, se nubló, comenzó una lluvia torrencial, cayeron enormes piedras de granizo. La gente trató de guarecerse bajo los aleros de los comercios o en los pórticos de los edificios. Ante la posibilidad que una de esas piedras me golpeara, me escondí debajo de un banco.

Pronto, las calles se anegaron, el viento arreció arrancando ramas y quebrando árboles, el granizo rompió vidrios de automóviles y ventanas, la gente guarecida sintió terror…

¡Pero el verdadero terror vino en forma de animales antropomorfos de dos metros y medio de estatura!

Emergían de las tapas de las cloacas, de las esquinas, de las azoteas, desde dentro de los edificios. Tenían patas que parecían de hombres rana; piernas y brazos extremadamente largos, fibrosos; piel cubierta por un vello escaso; los sexos no existían; abdómenes hundidos y mandíbulas enormes, tenían el objetivo común de saciarse en la carne…

¡Se lanzaron sobre la gente!

En la hecatombe no hubo discriminación. Un viejo intentó defenderse con el bastón hasta que fue alzado en vilo, arrojado al piso, devorado allí mismo; una mujer fue abierta con garras que parecían de acero, y sus vísceras predilección del monstruo que la apresó; una niña quedó decapitada de un bocado; un hombre fornido fue desmembrado a tirones.

Cerré mis ojos, me tapé la boca, entre rugidos y gritos escuché a mi mente repetir mil veces: “Esto no puede ser…”

Pero eso era tan cierto como los soldados enmascarados que aparecieron portando extraños aparatos que emitían un sonido agudo y monocorde, que fue separando a los monstruos de sus víctimas, derritiéndolos en masas amarillentas que se disolvieron en el agua, que se evaporó cuando las nubes se abrieron dejando paso a los rayos solares de una nueva era.

TELEDINÁMICO

En una noche no tan fresca como ésta, aquí mismo estuvimos sentados una vez, hace un tiempo, hablando tonterías. Precisamente en este banco, rodeados, no lo olvido, por bellas flores. Esta plaza frente a la iglesia era ideal, porque nos quedaba de paso hacia el instituto, y también de paso, demorábamos la entrada. Entonces, todavía podía estudiar, pero lo que más me importaba, era tu risa.

Era feliz haciéndote reír. Coqueta, tus labios rosados a los que añadías brillo, se estiraban; los dientes tan blancos, con los incisivos superiores apenas hacia delante, igual me gustaban; y ahí, en el espasmo de algún chiste, sacabas la punta de la lengua, mientras tus párpados se cerraban con fuerza para que al final, volviendo a la normalidad, se abrieran mostrando esos destellantes ojos verdes de profunda mirada. Lo que más gracia te causaba, era cuando me ponía a imitar a los profesores, o hacer caras de gente que conocíamos, o a cantar en falsete estribillos de los

Bee Gees. ¿Cómo iba a saber? Me empezabas diciendo "Marito". ¿Cómo sospecharlo, si nos divertíamos tanto? Cuando ya te habías reído bastante, "Macaco", porque viste en no sé dónde, unos graciosos simios que se me parecían. Sofía, yo quería ser tu novio. Si sólo querías macacadas, ¿por qué no te compraste un monito?

Entendías perfectamente lo que sin hablarte te decía. Me daba cuenta de que te asustabas, y era en vano que me pusiera a hablar de lo que me gustaban las películas de Tarantino. En esos momentos, siempre tenías algo que hacer, que no era otra cosa que abandonarme en mi jaula, y huir hacia otros entretenimientos. Claro, yo no podía ir a tu club de césped inglés alrededor de la piscina donde "haciendo sociedad", tomaban sol las viejas lagartas de tu madre y tus tías. Seguramente, allí te reunías con amigas, y a lo mejor les contabas acerca de mis guarangadas. No podía ir de vacaciones al Este, y tenía que quedarme mudo si hablaban de La Paloma o de Piriápolis, lugares que sólo había visto por televisión. Tampoco tenía parientes en

Argentina, así que estabas a salvo de que pudiera desentonar en el ambiente al que pertenecías. Ya lo creo, Sofía, ya lo creo… Para vos, sólo era un puñado de chistes pasajeros, de esos que provocan una carcajada, y después nadie recuerda.

Aquí en esta plaza, frente a la basílica que está recibiendo gente, estuvimos juntos aquel día ventoso, vos llena de risa, yo haciendo el tonto. Te encontré por casualidad, o porque era tanto lo que en vos pensaba, que para el destino no quedaba otro camino. Te sobraba el tiempo, siempre y cuando estuvieras del lado de la risa, y yo de la payasada. Cada tanto girabas la cabeza, y el viento me hacía caricias con tus largos cabellos. Para mí eso era rozar la gloria, y suponía que lo sabías. ¡Qué ingenuo! Creía que entre nosotros existía un vínculo secreto; que entre nosotros crecía el amor. ¡Qué idiota! Cuando pensé que había llegado el momento, tartamudeando y con el corazón a punto de estallar, te dije: “Sofía, quiero que seas mi novia”. Saliste corriendo como si yo fuera un degenerado. No con palabras, pero sí con breves susurros que un viento

invisible traía a mi mente, contradictoriamente me contestabas: “Yo también te amo, pero es que...” Volvía a casa sin entender nada, y lo único que veía era tu rostro en cualquier lado. Nuevamente sentía el delicado pelo en mi mejilla, y me desgarraba sintiéndote huir y decir: “Te amo”, pero esta vez con burlona voz, como un falsete de los Bee Gees. Después me iba invadiendo un vacío terrible. Sentía la culpa de haber cometido un error... Muchas cosas mi mente no había podido retener; muchas imágenes se habían esfumado, y, entre ellas, tus pies. Aunque estuvieran dentro de tus zapatos, ¡había olvidado mirar tus pies!

Tañen las nueve campanadas de la hora veintiuna. Ya no sé nada del amor, ni de nuestro lazo eterno. Ya me olvidé de los chistes, ni puedo volver a imitar el tonto que fui. La humorada se convirtió en fantasmagoría, y el cómico de tu rostro alegre, es el carpintero que ha fabricado tu féretro.

Estoy sentado en este banco de madera y hierro, y si giro la cabeza hacia atrás para no verte llegar, abarco con la vista la plaza con su preciosa fuente que expulsa

artísticos chorros de agua, cuyo borde frecuentábamos. Pero me toca estar solo. Vuelvo a girar, y frente a mí tengo la iglesia donde se celebrará un casamiento: El tuyo. Esperada por todos, subís con cuidado la escalinata, mientras te ayudan con la cola del vestido y te sacan fotos. ¡Parece chiste! Aunque más elaborado que los míos, porque éste pertenece al ingenio del Bufón que funda religiones, el que se hace levantar templos para burlarse mejor. ¡Bufón! Me hiciste creer en la bobada del vínculo sagrado, del hilo misterioso que nos une, del lazo espiritual que nos ata. ¡Bufón! Al menos a mí, me hacés representar el papel de ridículo en este sainete de tu absurdo teatro cósmico. Desde el cómodo anfiteatro celestial, sentado sobre algodonosas nubes que amortiguan el peso de tu sucio trasero, serás espectador supremo de esta burla mordaz. Quedarás ahíto en la santa gloria de tu sarcasmo. Aplaudiendo, bendecirás un matrimonio pactado de antemano por gente vil, hecha a tu imagen y semejanza. El final ya se sabía, quizás, desde antes que yo me pusiera a hacer el tonto para conquistar un corazón podrido.

¡Ay, Sofía! Ese gordito que te aguarda en la cueva del Bufón, ese gordito con el que te casás, sí que frecuenta tu club, pisa su césped inglés, y también se va de vacaciones al Este o al exterior, así como yo vengo a recrearme a la plaza. No gastará la suela de sus zapatos por acá, sino que te llevará a recorrer el mundo, para empezar, de luna de miel por Europa. ¡Ay, Sofía! ¿Qué te podía ofrecer este amargado? Este resentido sólo podía hacerte cosquillas y macacadas. ¿Qué lujos disfrutarías con este arlequín? Puros papelitos y trapos de colores, y una alegría que terminaría en cansancio rutinario remojado en caldo de pobreza. Sofía, has venido a disfrutar con plenitud de la vida. No estás hecha para la risa franca, ni para la reflexión, y mucho menos para la necesidad. Así que te perdono todo..., ¡menos haberte burlado de mí!

Estoy aquí sentado en este patético banco, asistiendo desde afuera a tu inmaculado connubio, en cuya tarifa estarán incluidas las lecturas de textos de amigos, el coro y el órgano. No para desearte felicidad y prosperidad, cosas que ya tenés, sino para que te mueras. ...Si

supieras que de chiquito me irritaba con facilidad, y que en mí afloraban sentimientos que cobraban forma, y que esta forma podía ser peligrosa si lo deseaba, no te hubieras burlado de mí con tanta facilidad. Si te lo hubiese confesado desde un principio, posiblemente hubieras huido en nuestro primer encuentro, y, Sofía, yo quería que fueras mi novia. Convidada de la vida, tu risa aplacaba cualquier intento de confesión. Ser sincero, hubiera estado fuera de lugar. Era mejor hacerte reír, que contarte sobre el lorito que me picó el dedo, y entre los alambres de su propia jaula quedó atorado; o el perro del vecino que siempre me ladraba y me gruñía cuando pasaba al lado, y que se ahorcó con su propio collar; o mi amiguito traidor, que se juntó con otros para hacerme sufrir, y que en un campamento, de esos adonde íbamos a veranear los pobres por un fin de semana, en el arroyo murió ahogado. Pero esas formas malas se hubieran invertido si hubieses aceptado ser mi novia.

Pronto empezarán a salir los trajes y vestidos con carne y huesos dentro. Cómo aplaudirá la gente elegante, ante la salida de los

novios. Esos aplausos podrían haber sido para mí, pero ahora serán ajenos. Sonarán como coros de palmas huecas, sin gracia, pero con finos tintineos de alhajas y con brillo de relojes caros. Son nueve escalones desde donde estarás saludando, junto al bobo de plata que remedará tu risa, para estar a la misma altura. Sabrá cómo hacer dinero, pero nunca sabrá reír como reíamos nosotros. Ni él, ni el centenar de caretas de goma que los rodearán. Son nueve pasos, que deberás descender levantando el vestido para no pisarlo. Son nueve mármoles fríos desde el atrio hasta el suelo, por donde irá rebotando tu cabeza. Ese rostro feliz, será transfigurado por el espanto, y todo el propileo sosteniendo falsos como vos, se vendrá abajo. Algunas caras empolvadas y coloreadas, demudadas dirán: "qué pasó", "¿qué pasó?", "¡qué pasó!"; y otras retorcidas bocas pintarrajeadas dirán: "¿está bien?", "¿¿está bien??", "¡¿está bien?!". Pero no vas a estar bien, porque tu nuca, como la del lorito, se habrá quebrado y en pocos segundos estarás muerta…

Tañe la campana de las veintiuna y treinta, quizás,

coincidiendo con tu austero: “Sí, acepto.” …Así que me concentro en el recuerdo de tu mirada, que devolverá atenciones al público embelesado. Van desapareciendo las cosas que me rodean. Pese a la artificial algarabía de los parientes y al ruido del tránsito, comienza a hacerse el silencio. Lo que pienso se cumple. Cada elemento se disuelve en indiferenciada nebulosa. Tengo un extremo del hilo brillante atado en el centro de mi ser, y el otro extremo te busca. Por unos instantes, puedo engañar al tiempo. Cual serpiente el hilo te encuentra, se enrosca en tu espinazo, se tensa, y vibra con un sonido que tiene el timbre de mi alma atormentada. Está roja, está henchida de ira, de venganza, de maldiciones. Es como un líquido agrio, cuya espuma sube hasta mi cabeza. Es como si tuviera un émbolo accionado por potente y diminuto resorte, que no admite más presión. Este asqueroso pus que he venido juntando tiene que estallar, y el único escape conduce por el hilo con el que te tengo atada. Sólo falta que me mires. Sólo basta que por menos de un segundo, tus ojos se encuentren con los míos.

Las piezas se mueven, y es tal como lo había imaginado… Bajás el noveno escalón con la certeza de que tu vida está acomodada. El chófer del coche flamante, blanquísimo como tu vestido, abre la puerta para los recién casados. Con ruido de latas atadas al paragolpes trasero, los conducirá hacia la gran fiesta. Pero no habrá ninguna fiesta. Tenía la fantasía de que un día yo estaría dentro de ese vehículo, y mis amigos le pondrían las latas bulliciosas. Pero ya no tengo amigos. En el octavo escalón se intensifican los aplausos, que hasta parecen reales. Corto las palmas, y esas manos suenan como trapos. Los fotógrafos alternan mejores ángulos y flashes, y tu mirada allá en lo alto se desliza aturdida por las luces. Tengo que redoblar esfuerzos para atraerte, para que tu atención descienda hasta cruzar la calle, suba por la vereda, y equívocamente me roce el hombro. Antes no necesitaba tanto poder para llamarte, pero ahora, con el zopenco de tu marido que es saludado por un íntimo amigo, te distraés y eso me cuesta. Quiero tus ojos en los míos. Aquí guardado está el merecido fluido del fin de tus días, listo para ser

inyectado. Tu madre se seca las lágrimas, le das una caricia, se consuela, y sigue el teatro. Señora, usted que casi ha sido mi segunda madre, cambiará esas gotas de emoción por lúgubre llanto. Y no puedo perder más tiempo. Del séptimo al quinto escalón, resuenan mis llamados en tu alma, saltando en un instante la distancia. Aquí estoy, Sofía... Apenas un poco a tu derecha. Sí, mi amada... Así. ¡Este es el momento! Al fin tus ojos se cruzan con los míos, mas no puedo asegurar que reconozcas al tipo que se parece a mí en tu frágil memoria. Sí, Sofía... Soy yo. Soy el payaso triste que abandonaste en la plaza, frente a la iglesia, y que aún continúa esperándote... para vengarse.

Entonces, el pie que jamás veré desnudo, se apoya mal, se desliza peor, y se tuerce entre el cuarto y el tercer escalón, pisando el bajo del vestido que te atrapa y empuja hacia delante, para que llegues de nariz al sitio donde el chófer se apresura a detener tu caída. El insignificante chófer, que ha sido mucho más ágil que el pánfilo de tu adinerado gordito, se convierte en héroe. Y mis poderes

teledinámicos han llegado al límite. No puedo ir más allá de donde el Bufón que teje mi destino me lo permite. ¡Ya no tengo fuerzas!

Aún así, nadie podrá impedir que alce el cuello de mi campera, que hunda la gorra casi hasta cubrirme los ojos, que mis garras se hundan en la tierra floja que alimenta las flores del cantero, y que vaya corriendo hacia vos con el ferviente impulso de los locos sueltos. En pocas zancadas aparece en escena un fugaz fantasma del pasado en tu accidentado casamiento, y te arroja a la cara y al vestido tierra de cantero.

Así que ahora, en el palacio placentero del anonimato, me río bien fuerte de todos mis sueños estropeados, y en especial del que te ponía en el más elevado pedestal, Sofía. Amor mío, yo seré un espectro, pero en la noche infame de tu boda, en medio del boato, habrás bailado sucia y renga, con una lágrima de verdad y un desagradable recuerdo.